

R.43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

DISCURSOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.



MADRID
IMPRESA NACIONAL
1880

ADVERTENCIA.

La recepcion de los individuos de número de la Real Academia Española, que ántes de 1847 era un acto privado, se celebra desde aquella época en sesion pública, leyendo el nuevo Académico un discurso, al cual contesta con otro el Director, ó un miembro de la Corporacion comisionado al efecto. De tales discursos y contestaciones se compone la presente coleccion, que irá continuándose indefnidamente.

De los discursos anteriores á la época citada, se escogerán así mismo aquellos que por el interes del asunto y la manera de tratarle, parezcan más dignos de la atencion del público, para incluirlos en otra coleccion que, con el título de «Memorias de la Real Academia Española» se dará á luz más adelante.

Al fin de cada volúmen se pone un índice de materias, con el objeto de facilitar su estudio.

DISCURSO

DEL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SEÑORES: Si es ley de corazones honrados que la vehemencia del agradecimiento corresponda á la magnitud de los favores que se reciben, grande y vivo debe en verdad ser el mio al contemplarme en el seno de una corporacion, por tantos y tan envidiables títulos esclarecida, y de cuyo umbral me alejaban á la vez el conocimiento de las prendas relevantes que se requieren para llamar con alguna confianza á sus puertas, y la justa persuasion de que era y sería siempre en mí temerario el intento de pretender un lugar donde habian tenido su silla Jovellanos y Melendez, Huerta y Cienfuegos, y donde hoy se sientan, dignos sucesores de aquellos varones célebres, otros cuyos nombres no es necesario citar en este sitio, ni quizá en otro alguno, si se habla á españoles, porque todo español sabe y se envanece de confesar quiénes son los hombres cuya fama, sea del género que fuere, compone parte de las glorias de España.

Manifestaros, Señores, mi gratitud por haberme acogido entre vosotros, moviéndos á ello sólo vuestra benevolencia suma, debería ser el objeto principal de este escrito, y el más grato para mí, si solamente la Academia hubiera de oirme; pero

ni la libre expansion de los afectos del alma apetece la publicidad, ni las consideraciones que se deben al respetable auditorio que presencia este acto, permiten que tarde mucho en ocuparme con otra materia. Aficionado á la poesía dramática desde que ví por primera vez un espectáculo escénico, natural y justo parecerá que en esta ocasion solemne eche mano de un asunto propio de mis gustos é inclinacion constante, prefiriendo lo más asequible á mis débiles fuerzas. Determinar pues el carácter por que se distinguen las obras de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza será el objeto de este discurso, dónde pretendo manifestar que ese autor, poco estimado en su tiempo, y no bastante leído en el dia, fué el poeta dramático más filósofo, el más original (después de Lope y Calderon), y el más correcto en su línea de cuantos produjo España en el siglo XVII.

Por los años de 1630 y los cuatro siguientes, en que aún vivia Lope y ya gozaba celebridad Calderon, pues habia ya escrito alguna de sus mejores comedias, el teatro español, admiracion de la Europa culta, habia llegado á la cumbre de su prosperidad, al período más brillante de gloria. El drama nacional, produccion espontánea del suelo, árbol majestuoso, cuyo ramaje habia ercrido sin probar casi los filos de la crítica, daba copiosísimos frutos, no siempre maduros y sazonados. En las anchas dimensiones de la forma dramática establecida por Lope cabian y entraban de hecho todos los elementos del drama griego y latino indistintamente mezclados; lo patético lo mismo que lo ridículo; la sublimidad de Sófoeles y el gracejo plautino, juntos en una accion fingida, como en la vida real se juntan á cada paso la grandeza y la pequeñez humanas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo el nombre genérico de *comedia*, que significaba entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mismo se comprendia una composicion histórica, grave en la mayor parte de sus escéñas, como un poema en que todo era inventa-

do y alegre. Título de comedia llevaban los poemas dialogados cuyos protagonistas eran la Reina Ester y los Reyes D. Rodrigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cántaro*, *El desden con el desden*, y *La villana de Vallecas*: toda produccion dramática era llamada *comedia* en teniendo tres actos. Aparte pues del auto sacramental, que si llevaba esa denominacion sería porque constaba de una jornada sola, habia en el teatro español dos especies principales de comedia: la de capa y espada y la histórica, tradicional ó mítica, sagrada y profana. En ambas especies de dramas y sus variedades, el punto de partida para el autor era generalmente uno, porque todos consideraban el teatro de la misma manera: teníanlo por el santuario de la poesía nacional, no por una cátedra facultativa; por un lugar dónde se proporcionaba al público un recreo lícito; y en agradando, la obligacion estaba cumplida. No codiciaban nuestros antiguos dramáticos el renombre de filósofos, de moralistas, de maestros del pueblo: creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes aleccionasen á los fieles desde el púlpito, y sólo tomaban aquel grave carácter en las comedias devotas, porque allí la doctrina emanaba directamente del asunto. La comedia moral, aquella que pretende inculcar en el ánimo de los espectadores una máxima saludable y útil, ya por medio de la representacion de un carácter principal, ya por la accion combinada de todas las figuras comprendidas en una fábula, muy raras veces aparecia en la escena española, dondē se moralizaba por casualidad más que de intento. Nuestro drama era una novela caballeresca: el caballero español adoraba, despues de Dios, en su honor, en su Rey y en su dama; y sabido es que las exigencias del honor, las del vasallaje y la galantería no van siempre conformes á la ley evangélica ni á las de la recta razon y justicia. En ley de justicia Sancho Ortiz de las Roelas no debía matar á Bustos, por más

que el Rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era el verdugo de Sancho el Bravo. En ley de justicia García del Castañar no debía resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el Rey Don Alfonso XI: debía defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debía tomar parte en un desafío que le ponía en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros ántes que todo: Sancho y Ursino habian dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se expusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la queria preservar de la más leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habian hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo, sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso de lances de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas, cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos; y está lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades

bílicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos; judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la mas severa moral, escuela del honor, del ingenio y la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su número, notables por la facilidad de la expresión y la ternura de los afectos: en las de Calderon, el primero en la combinacion de la trama: en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso: en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y gracejo urbano. A estos cuatro ingenios seguian otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado no obstante alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos. Rojas, Mira de Méscua, Montalvan, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento entriquecian diariamente la escena española, y alguna vez con joyas de imponderable estima, de eterna duracion.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalósima corriente de poesía, ¿no se echaba ménos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debia sentir la falta de la tragedia: el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal cómo la conformaron los griegos, no era á propósito para un país cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nacion por medio del estudio de sus escritos; pero la comedia en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal país, sino en general al hombre, podia ya echarse ménos, podia y debia intentarse en nuestra península en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos se

habia de tropezar con asuntos morales, alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer órden, ninguno de los muchísimos que seguian su escuela, se habia dedicado con preferencia y ahinco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas más ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intencion ó peculiares disposiciones no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni áun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

Para deslindar por qué série de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazon fué conducido á la gloriosa pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de D. Juan Ruiz de Alarcon; así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon insigne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella: ¡bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de Alarcon se sabe, lo que no se puede dudar porque consta de una porcion de escritos de índole no muy caritativa, es que el infeliz Alarcon era pequeñuelo, feo y coreobado en ambas especies: el año de su nacimiento se ignora; su patria fué

Tasco, en la Nueva España. Trasladado á Madrid, y alargándose mucho el término de las pretensiones que traía, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltasar Gracian llamaba *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le habian representado ocho comedias á lo ménos, entre ellas la famosa de *Las paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1627 era Relator del Consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de Agosto, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no léjos de la Iglesia en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educacion debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo, grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. Alarcon sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazon de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *La industria y la suerte*, que tal vez aquella vence á ésta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba: preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del

bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la lección que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprensión limitada: conviene pues dar la sábia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende Alarcon en la amenísima fábula de *Nò hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarlo una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuella en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *Los pechos privilegiados*, en *El dueño de las estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen al hombre odioso en la sociedad, le frustran sus más vehementes deseos y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal que desatiende los compromisos del honor, la ingratitud, la detraccion, la mentira, temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *La prueba de las promesas*, *Las paredes oyen*, *El desdichado en fingir*, *Los empeños de un engaño* y *La verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de Alarcon, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias, *La culpa busca la pena* y *Quien mal anda en mal acaba*. El resto de las composiciones de Alarcon hoy conocidas, que no pasan de siete, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo; las hay heróicas, de espectáculo y de mágia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningún escritor dramático nuestro compuso como él más de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito como él á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó como él modelos de la comedia de carácter, modelos imitados despues por extranjeros y nacionales, y nunca excedi-

dos. Así pues el primero y más notable rasgo que distingue á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claro es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalvan en el libro que tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de Alarcon, estas palabras: «Las dispone con tal novedad, ingenio y extrañeza, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo.» La novedad que Montalvan admiraba en las comedias de Alarcon, novedad que llegaba para él hasta la extrañeza, no podia consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que Alarcon pintaba caractéres morales entre poetas que sólo reproducian caractéres caballerescos: tenia que nacer de que Alarcon aspiraba á corregir entre poetas que sólo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó eleccion de los argumentos y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba en *El Conde Lucanor* la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nâdie sino Alarcon pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda más doctrinal que caballescica, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garci-Ruiz de Alarcon, que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detuvo el golpe al oir á su víctima encomendarse á la Virgen; pero sólo su descendiente Juan Ruiz el corcobado era capaz de fundar en aquella accion de piedad cris-

tiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *Los favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada *El premio del bien hablar* sugirió á D. Juan Alarcon la idea para *Las paredes oyen*; lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de Alarcon es de carácter; pero es además igualmente cierto que la de Alarcon ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo XXI, dado á luz en 1635, el año mismo de la muerte de Lope; las probabilidades de originalidad están á favor de Alarcon. Él introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon, con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de Alarcon entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior: como el gusto de Alarcon era más escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto: como Alarcon en fin buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero sino convencional, queriale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; Alarcon lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de Alarcon de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en un poeta cómico; no obstante, ni la una ni

la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un buen autor dramático. Por la simple enumeración de los asuntos en que se ocupó D. Juan de Alarcon, se ha visto que era filósofo: falta saber si sus obras inspiradas por la filosofía cumplan con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos: si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si son en fin buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete más de lo que la obra cumple, como sucede en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*: en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene Alarcon dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*: tiene otras cuatro de pensamiento filosófico más ó ménos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura*: seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aún sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á D. Juan Ruiz de Alarcon en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El Misántropo*, en *El Avaro* y en *El Hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo Alarcon en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador D. Mendo y el embustero D. García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan: el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores; y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia más castigo que

un susto de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas; y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita en cierta época, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habían llegado á noticia del Rey. Además; avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces ó ninguna se habrán visto en el mundo; maldicientes y mentirosos como los de Alarcon los ha habido y habrá mientras no mude su ser en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues más verdaderos los tipos del poeta español, y es más aplicable, y por ello más útil la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, no pudiendo aquí hacerse análisis de cada pieza, creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte y en parte imitó *La verdad sospechosa*, solia decir que daría dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que más le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia que ilustró á la Francia. M. de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El Sr. Adolfo Federico de Schak, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una aprecabilísima historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de Alarcon, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el

traductor de Horacio, el cantor de *Guzman el Bueno* han dicho de Alarcon lo que la Academia sabe, y me exime de entrar en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo D. Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató Alarcon á sí propio con su nombre, apellido y fealdad, la Doña Inés en *El exámen de maridos*, *El tejedor de Segovia*, los protagonistas de *Ganar amigos*, *Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada, como la Celia de *Las paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel D. Domingo de D. Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos; estos y otros personajes de Alarcon tienen en sus comedias fisonomía propia, vária y bella; ni se parecen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sóbrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando comenzó á escribir Alarcon: algo le tocó del contagio, como era inevitable escribiendo para el teatro, dónde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme Alarcon, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fe literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera

parte de su teatro; dirigiéndose al vulgo: «allá van esas comedias..... si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas,» no podia renovar la fatal caída de Jáuregui, tan puro en su traduccion de *Aminta*, y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijéráse que Alarcon, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya sino rara vez á remedar la vana afectacion de los cultos. ¡Ojalá que nada se le hubiese pegado! En *La prueba de las promesas* se leen estas hermosas lirás de un galán desdeñado:

Hermoso dueño mio
 Por quien sin fruto lloro,
 Pues quanto más te adoro,
 Tanto más desconfio
 De vencer la esquiviza
 Que intenta competir con tu belleza.

La natural costumbre,
 En tí miro trocada:
 Lo que á todas agrada,
 Te causa pesadumbre:
 El ruego te embravece,
 Amor te hiela, llanto te endurece.

Belleza te compone
 Divina, no lo ignoro,
 Pues por deidad te adoro;
 Mas ¿qué razon dispone
 Que perfecciones tales
 Rompan los estatutos naturales?

Si á tu belleza he sido
 Tan tierno enamorado;
 Si estimo despreciado
 Y quiero aborrecido,
 ¿Qué ley sufre ó qué fuero
 Que me aborrezcas tú porque te quiero?

En estos versos, á lo ménos en las primeras estrofas, no puede negarse que la dición se avecina más á la sencillez de Garcilaso que á la altisonancia de Calderon. De esta sencillez, de esta claridad y tersura nace que despues de dos siglos con-

serve el estilo de Alarcon la frescura de las obras de ayer y de los buenos escritos de hoy: pasó él dos siglos há; su habla vive. Citaré algunos trozos en que juntamente con la belleza de la expresion podrá admirarse la nobleza, profundidad, galantería ó chiste del concepto (1).

En la comedia titulada *Los Favores del mundo*, en que Garci-Ruiz de Alarcon, teniendo en el suelo á su enemigo, se pára al tiempo de herirle porque le oye exclamar «válgame la Virgen,» encarece el Príncipe de Astúrias D. Enrique, hijo de D. Juan II, en estos términos la magnanimidad de García:

Vuestra dicha es tan extraña,
 Que quisiera, vive Dios,
 Más haber hecho la hazaña
 Que hoy, García, hicistes vos,
 Que ser principe de España;
 Que en los pechos valerosos,
 Bastantes por sí á emprender
 Los casos dificultosos,
 El alcanzar y vencer
 Consiste en ser venturosos;
 Mas en que un hombre perdone,
 Viéndose ya vencedor,
 A quien le quitó el honor,
 Nada la fortuna pone;
 Todo se debe al valor.
 Dar la muerte al enemigo,
 De temello es argumento;
 Despreciallo es más castigo,
 Pues que vive á ser testigo
 Contra sí del vencimiento.
 La victoria el matador
 Abrevia, y el que ha sabido
 Perdonar, la hace mayor,
 Pues mientras vive el vencido,
 Venciendo está el vencedor.

En *Mudarse por mejorarse*, pieza cuyo argumento envidiaria Scribe, se hallan los dos cortos pasajes que voy á tener la

(1) Se omiten algunos en obsequio de la brevedad.

honra de leer, advirtiendo ántes que la accion de la comedia consiste en que un Don García, tratado de casar con cierta Doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la novia.

LEO. ¿Por ventura, Don García,
Es uso en Madrid corriente
Enamorar juntamente
A la sobrina y la tia?

GAR. Al ménos, si tan divina
Sobrina viene al lugar,
Como vos, uso es dejar
La tia por la sobrina.

LEO. Mal uso.

GAR. No ha de llamarse
Malo, si es tal la ocasion.

LEO. ¿Cómo puede ser razon
Mudarse?

GAR. Por mejorarse.

LEO. Pues la ley de la firmeza,
¿A qué obliga, ó cuándo alcanza
Si hace justa la múdanza
El mejorar la belleza?
Que ser firme no es querer
Firme el más hermoso amor;
Que para amar lo mejor,
¿Qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
De otra ocasion más dichosa.

GAR. Confieso, Leonor hermosa,
Que ese es firme, pero es necio.

LEO. ¿Luego en quien fuere discreto
No hay que poner confianza,
Pues disculpa la mudanza
El mejorar el sujeto?

GAR. Claro está.

LEO. Pues siendo así,
Y que os tengo, Don García,
Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí;
Perdóneme vuestro amor,
Que á resistir me prevengo
Hasta que sepa si tengo
Otra sobrina mejor.

La discreta Leonor, comprometida por los enredos de García, se ve precisada á admitir fingidamente los obsequios de un marqués galan y rico, de quien al fin se enamora de veras. García se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos, lo que da lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía:

- GAR. El plazo veis limitado,
Ya veis la ocasion forzosa:
Cumplidme, Leonor hermosa,
La palabra que habeis dado.
Dadme la mano y entrad
En esa silla, señora.
—¿Agora dudáis? ¿Agora
Os deteneis?
- LEO. Perdonad,
Que ya perdió de alcanzarme
La ocasion vuestro cuidado.
- GAR. ¿Cómo, cruel, te has mudado
Tan presto?
- LEO. Por mejorarme.
- MENC. (*Aparte.*) Dióle con la misma flor.
- GAR. ¿No bastara desdeñarme,
Ingrata, sino agraviarme
Haciendo al marqués mejor?
- LEO. ¿Negareis la mejoría,
Aunque en sangre sois igual,
De poco á mucho caudal,
De merced á señoría?
- GAR. No la niego; mas ¿qué efeto
A tu promesa le has dado,
Tirana, si la has mudado
En mejorando el sujeto?
¿Qué palabra me guardabas,
O qué firmeza tenias,
Si á mi sólo me querias
Mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
La ocasion de mejoría.
- LEO. Yo os confieso, Don García,
Que esa es firme, pero es necia.

Bajando algo más la entonacion, es notable la apologia que un criado hace de las mujeres en *Todo es ventura*.

¿Qué es lo que más condenamos
 En las mujeres? ¿El ser
 De inconstante parecer?
 —Nosotros las enseñamos.
 —¿Tener al dinero amor?
 —Es cosa de muy buen gusto,
 O tire una piedra el justo
 Que no incurra en este error.
 —¿Ser fáciles?—¿Qué han de hacer
 Si ningun hombre porfia,
 Y todos al cuarto día
 Se cansan de pretender?
 —¿Ser duras?—¿Qué nos quejamos
 Si todos somos extremos?
 Dificil lo aborrecemos,
 Y fácil no lo estimamos.
 —Pues si los varones son
 Maestros de las mujeres,
 Y sin ellas los placeres
 Carecen de perfeccion,
 ¡Mala pascua tenga quien
 De tan hermoso animal
 Dice mal ni le hace mal,
 Y quien no dijere: *Amén!*

Mostrar que estos pasajes están bien pensados y escritos, me parece tarea inútil: con oírlos basta. Pues así es como ordinariamente escribe Alarcon: la comedia ménos feliz de las suyas está hablada de esta propia manera: como poeta no es igual nuestro Alarcon en todas sus producciones; como escritor, comedias tiene de poco mérito cuya versificacion y lenguaje son mejores que el de sus obras maestras: más correccion hay en la comedia de *Quien mal anda* que en *La Verdad sospechosa*.

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vímos ya que Montalvan hizo de él honorífica mencion en su *Para*

todos: Nicolas Antonio le pone en muy alto predicamento en su biblioteca: Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible; pero el propio Montalvan, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Méscua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blanco de una sátira, que á primera vista parece la más encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo contra Alarcon; se conservan trece décimas de los autores ántes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á D. Juan de Alarcon en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta baul, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos: allí además le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de Alarcon para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio: dícese en una de ellas que Alarcon «tiene por amigos hombres de cordelejo:» se dice asimismo en una décima que «se le esperaba y habia faltado,» de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el Duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribiria despacio, porque sus obras no son muchas y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus

amigos D. Antonio Mira de Méscua, Luis Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto D. Diego, que no se sabe si sería Muget, Figueroa ó cuál, porque no consta el apellido. Salió, como aseguran los autores de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco (1), y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistió Alarcon; falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo ménos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad: todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiéndole que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á D. Juan de Alarcon en las coplas de los trece, burla en la cual se cargaria más la mano por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaria mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de *Las paredes oyen*, en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

(1) Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron en obsequio del Príncipe de Gales á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pincio en su historia manuserita de Madrid. «A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el Licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, como de su grande ingenio.»—Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarle muchas á uno; por eso dice Lope con sobrada razon en su décima: «Que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos.» A pesar de todo, Pinelo, como se ve, alaba el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

¿Satirizas?—No conviene,
 Que esto sólo puede hacer
 Quien no tiene que perder,
 O que le digan no tiene.
 Siendo así, ¿cómo querias
 Que predique sin ser santo?
 ¿Qué faltas diré, si hay tanto
 Que remediar en las mias?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debia ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen: debia vivir retirado, y sobraba con esto para que se le juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce: todas las injusticias que se hacen los hombres al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de Alarcon no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entónces fácilmente se perdonaban. Era Alarcon escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalvan, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro, es diversion. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo: sus enamorados eran poco discreteadores y pendencieros, por lo cual parecerian frios. Sus damas (y ésta sí que realmente era falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas, por lo cual en varias comedias de Alarcon flaquea tambien el interés. Introducia mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando

con una señora, y el odioso carácter de la mujer que terciaba en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificación más limpia que música, una locución más exacta que pintoresca; y dígame si no era preciso que un auditorio, acostumbrado al tono enfático y campanudo de muchos autores, estimase poco las comedias de D. Juan de Alarcon, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. «Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Príncipe), estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto.»

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüedad casi uniforme: objetos distantes entre sí, vistos de lejos, aparecen en un mismo plano. La posteridad ha comenzado á resarcir á Alarcon: la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; antes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, Alarcon es el que más se avecina á la comedia moderna: por Alarcon es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningun otro autor se encontrará ménos prominente ese vicio, ménos grave esa falta de escrupulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilización y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la acción en países remotos; Alarcon muy pocas veces eligió argumentos fuera ó lejos de España; y en los asuntos españoles que pertenecian á las edades medias, no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: Alarcon, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se

empleaba en lo que mejor entendía, y vislumbraba á lo ménos lo que debia hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *El dueño de las estrellas*; españoles y coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *La crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en *La prueba de las promesas* y *La cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo órden, y alguna, aunque muy rara vez, una expresion mal sonante á nuestros oidos; pero así y no más que así era la cultura de aquella época, y sobre poco más ó ménos tal parecerá la época actual á las edades futuras. Nos desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas: nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia *Quien mal anda en mal acaba*. *La crueldad por el honor*, *La amistad castigada*, y *El dueño de las estrellas* nos interesarán poco: perdonaremos la del *Anti-Cristo* por lo atrevido del pensamiento, y *La Manganilla de Melilla* por el buen carácter de Venegas: leeremos sin enfado *La industria y la suerte*, *El semejante á sí mismo*, *Los empeños de un engaño*, *El desdichado en fingir*, *La culpa busca la pena* y áun la misma *Cueva de Salamanca*: sonriremos gratamente con *Todo es ventura* y *La prueba de las promesas*. *Mudarse por mejorarse*, *No hay mal que por bien no venga* y *El exámen de maridos* nos arrancarán la risa á cada escena, risa que se trocará, ya en pasmo, ya en dulces lágrimas al ver aquel D. Fadrique de *Ganar amigos*, tan noble y virtuoso que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano: aquel Rodrigo Villagomez de *Los pechos privilegiados*, que tan alto concepto tenia de la dignidad Real y de sí propio que no podia imaginar que un Monarca se valiera de él para una accion fea: aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garcí-Ruiz

de Alarcon sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, cual inmoble peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oidos las sentidas y rigurosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una víbora de un amante murmurador, mentiroso de la especie más abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del maldiciente es sangrienta: entónces, ¿qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado Ruiz de Alarcon? Ninguno, porque en el templo de Talía sólo él descuella como campeón de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmovido el corazon, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de Alarcon, ¿deberá, podrá el crítico reparar mucho en las formas de aquel teatro? No: la cuestion de formas ya está decidida: las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitian: con esa forma se han escrito excelentes obras: no despreciemos un instrumento útil. El precepto de una *accion sola en un lugar y un dia*, utilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos: nuestros poetas antiguos lo desatendieron mil veces con poca necesidad: mil veces tambien obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, despues de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando como él esencial para el drama la unidad de accion, y dependientes de

la acción las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó Alarcon en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos dias en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en *La prueba de las promesas*. Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo; Alarcon afortunadamente nos ofrece más de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; Alarcon es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género misto, llamado unas veces tragi-comedia, tragedia urbana otras, drama sentimental despues, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya que decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro antiguo, cuyo caudal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético está en la naturaleza y puede estar en el arte que la imita, por lo cual desde Menandro acá, en todos los teatros del mundo ha habido dramas. Drama es *El Rudens* de Plauto, drama *Los cautivos*, drama *La Hecyra* de Terencio, y en el mismo *Anfitrión* el personaje de Alcumena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España, *El delincuente honrado*: la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas*, tienen escenas puramente de drama: si quisiéramos proscribir el drama los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciemos pues los buenos dramas de Alarcon lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. Alarcon, dotado de imaginacion ménos viva que sus competidores, pero por lo mismo extraviándose ménos: inferior en fecundidad, pero más vario y por lo mismo más original y más nuevo; superior en luces á muchos: en gusto, correccion y filosofía á todos, es en mi concepto, si no tan gran poeta dramático-lírico-caballeresco como Lope, Calderon, Tirso

y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. Alarcon cultivó un género que no era el de Lope; no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakspeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderon y Tirso de Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de Alarcon como ara de alianza, como vínculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el *Romancero* y el *Gil Blas*, entre el siglo de Carlos V y el de Luis XIV. Allí, léjos de los que le injuriaron de burlas ó veras, podrá Alarcon recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus plintos las marmóreas efigies de sus competidores.

Tal es, Señores, el concepto que de las obras de Alarcon ha formado la humilde persona que en este largo y desordenado escrito ha tenido la honra de dirigirse á vosotros. Si la Academia Española que alienta y protege hubiera existido en el siglo XVII, en lugar de las academias en que se vejaba, Alarcon admitido aquí (porque Alarcon es el más académico de nuestros dramáticos) hubiera hallado entre vosotros defensa y compensacion de las injusticias de sus émulos. Imploro vuestra benignidad al concluir mi tarea: si la pasion me ha cegado al examinar las producciones de este notabilísimo ingenio, sírvame de disculpa la pasion misma: yo confieso que se la tengo, y si me preguntasen cuál era la causa, responderia trovando estos versos suyos:

Porque hizo su siglo mal
 En tratarle con desden,
 Y tengo al hombre de bien
 Inclinacion natural.

He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

SEÑORES: En el acto solemne de recibir tres nuevos miembros en el seno de la Real Academia Española, y cuando acababan de oírse los discursos que con este motivo han pronunciado, ocurren al ánimo algunas reflexiones gratas y consoladoras.

Ansiosos de promover el cultivo de las letras humanas, que con razón merecieron tal nombre por lo mucho que contribuyen á suavizar las costumbres y á civilizar á las naciones; congregadas en este lugar personas que se dedican á los varios ramos del saber, unidos con estrechos vínculos para comun provecho, parece que se respira con más libertad y desahogo en este pacífico retiro, léjos de contiendas políticas y de la lucha de partidos; así como allá en otros tiempos se suspendía el rumor de las armas durante la *tregua de Dios*, y hasta los más fogosos combatientes respetaban el asilo de las iglesias.

Estos actos públicos pueden contribuir grandemente á encender una noble emulacion, á dar nuevo estímulo á la pasión de la gloria, y á mostrar tal vez que en un siglo, acusado con razón ó sin ella de calculador y egoísta, áun hay ánimos generosos que cultivan con ardoroso empeño el ameno campo de la literatura, más fértil en flores que no en frutos.

Resultará también la ventaja de que se vea prácticamente que estos cuerpos literarios no están animados, como malamente se ha pretendido, de espíritu intolerante y exclusivo, cerrando con triples candados sus puertas, y sólo dejando abierto un postigo, por donde no se pueda entrar sin inclinar la cabeza, y despojándose en el dintel de opiniones propias.

Tan al contrario es, que ante todas cosas se apetece el libre exámen, el contraste de opiniones opuestas, como el medio más á propósito de buscar la verdad y de encaminarse al acierto.

Áun en la materia propia y peculiar de su instituto, la Academia Española no aspira á dictar leyes, sino registra las que dicta el uso; no encadena en su libre curso á la lengua, sino indica los escollos para precaver extravíos; no fija, en una palabra, límites inmutables que le sirvan de perpétua barrera, sino de tiempo en tiempo establece señales, como las piedras que suelen colocarse en los caminos para indicar lo que ya se ha andado y el rumbo que debe seguirse.

Ningun testimonio más irrefragable y auténtico pudiera dar la Academia de cuál es el espíritu que la anima que el que acaba de ofrecer en la eleccion de estos tres candidatos, dignos todos ellos á cual más de entrar en esta ilustre corporacion; pero que han presentado tan diversos títulos para ser admitidos, y que ostentan un carácter literario, si así puede decirse, tan poco parecido como pueden serlo sus fisonomías.

El discurso del Sr. Oliván, primero en orden, retrata fielmente el talento de este aventajado escritor, su espíritu analítico, claro, preciso, que aspira á llevar al terreno de la literatura, así como lo ha hecho al de la administracion, el orden y método de las ciencias exactas á que es tan aficionado. Evitando con solícito anhelo dejarse llevar de la imaginacion, y procurando escudriñar el fondo de las cosas, desmenuzarlas, para

conocerlas mejor, puede contribuir útilmente á las tareas de la Academia por medio de profundas discusiones en el campo de la gramática, que conviene recorrer de nuevo con la antorcha de la filosofía.

La grave cuestion que el Sr. Oliván ha examinado en su discurso es una de las que con más urgencia lo reclaman: discordes en la práctica varios de nuestros hablistas, así antiguos como modernos, militando por una y otra parte razones poderosas, no me atreveré yo á decir si se está ya en el caso de pronunciar un fallo, dictando sobre este punto una regla invariable.

Tampoco me aventuraré yo á indicar cuál será en adelante la decision de la Academia acerca del uso del pronombre personal, objeto del discurso á que aludo; pero no pudiendo negar que en la última edicion de nuestra gramática se adopta la opinion contraria, debo justificar á la Academia recordando los principios que la guian, y que se han tenido siempre por norma invariable para decidir esta clase de cuestiones. El Sr. Oliván se propuso examinar la presente á la luz del raciocinio, sujetándola al criterio de la lógica, procediendo en ella como filósofo y analizándola por todas sus fases. La Academia por el contrario, persuadida de que los principios de la dialéctica no siempre son aplicables á las discusiones gramaticales, y de que aún cuando lo fuesen, tienen que ceder y subordinarse á la fuerza incontrastable del uso, juez único y sin apelacion en tales materias, ha procurado siempre indagar el de nuestros célebres hablistas, tomándole como cuerpo esencialmente conservador, por la guia más segura, y de la cual no se cree autorizada á separarse. ¿Y cuál es el uso constante de nuestros más ilustres escritores? Cabalmente el contrario á la opinion del Sr. Oliván. Cervantes, Mariana, Mendoza, Moncada, Zurita, Estrada, Coloma, Saavedra, Solís, entre los prosistas; Boscan,

Garcilaso, Francisco de la Torre, Fr. Luis de Leon, Lope de Vega, Villegas, Calderon, Quevedo, entre los poetas, emplean el pronombre *le* en los términos que el Sr. Oliván impugna.

Si á tan insignes escritores se me permite agregar tres, que entre los modernos están reconocidos por maestros del idioma patrio, á saber, Iriarte, Jovellanos y Moratin, no podrá desconocer el Sr. Oliván cuánto ha de inclinar la balanza en favor del uso que reprueba el peso de tan calificados jueces. Y aún me atrevo á lisonjearme de que si el Sr. Oliván en el retiro de su estudio, y por la fuerza lógica de su razon, puede como literato particular decidirse por la opinion que tan luminosa y metódicamente ha defendido en su discurso, tal vez como académico no se atreverá á anteponer su dictámen al de tantos y tan autorizados escritores.

De todos modos, bien puede asegurarse que se presta un señalado servicio ventilando estas cuestiones con el deseo del acierto, como lo ha hecho el Sr. Oliván, aún cuando pueda decirse en esta materia lo que dijo Horacio respecto de otra: *Grammatici certant et adhuc sub iudice lis est.*

Enteramente distinto, no ménos en el fondo que en la forma, cual si de intento se hubiese propuesto ofrecer una especie de contraste, el discurso del Sr. Pastor Diaz anuncia sin querer su aficion á las musas, á las que en otro tiempo tributó culto, si bien por mero pasatiempo y sin aspirar como otros con ménos títulos al nombre de poeta. Aún en la cuestion filosófica que ha planteado se echa de ver con frecuencia el vuelo de la fantasía, por más que en tales materias reclame sus fueros exclusivos la razon desapasionada y severa.

A fuerza de querer mostrarse imparcial, puede tal vez decirse que el Sr. Pastor Diaz ni siquiera ha sido justo, si bien el peso mismo de las razones le ha hecho reconocer en su discurso que no se hallan tan divorciados como pudiera creerse los

grandes adelantos en las ciencias y el cultivo de la literatura con el manejo de los negocios públicos, ó para valernos de sus mismas expresiones, «la vida práctica con la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza.»

Es cierto que en la infancia de las sociedades y en épocas de densa barbarie suelen aparecer genios extraordinarios, creadores, enviados por la divina Providencia para guiar ó iluminar á las naciones, como la columna de fuego que precedía al pueblo de Israel en el desierto. Es verdad igualmente que á veces se ocultan en la soledad y en el retiro hombres investigadores que, separados del bullicio del mundo, guardan riquísimos tesoros de ciencia, como la perla encerrada entre dos conchas se esconde en lo profundo del mar, y el oro en las entrañas de la tierra. Mas no por eso es ménos cierto, hablando en tésis general, que el trato de los hombres y el cambio recíproco de ideas acrecienta su valor y difunde sus beneficios, formando lentamente con el trascurso del tiempo un caudal de doctrina que se trasmite de generacion en generacion como un preciosísimo legado.

La experiencia enseña tambien (y el Sr. Pastor Diaz lo ha reconocido así, no pudiendo esperarse ménos de su ilustracion) que tanto en las naciones antiguas como en las modernas han existido hombres sapientísimos, que han dividido su vida entre el cultivo de las ciencias y el manejo de los negocios públicos. Así, y por las razones que ha indicado en su discurso, debió suceder en las antiguas repúblicas de Italia; así, y por motivos semejantes, se ha verificado en la Gran Bretaña.

Dante, el heraldo de la civilizacion moderna, vivió en medio de las turbulencias políticas; el mismo aire inflamado respiraba el profundo Machiavelo, sin cuya circunstancia tal vez no hubiera podido comprender y comentar á Tito Livio; el gran canciller Bacon, padre de la filosofía, no vivió alejado de la

arena política; y aún en épocas más cercanas, si bien en regiones distantes, Franklin arrebatava con una mano el rayo de los cielos y con la otra rompía los hierros de su patria.

Materias hay, como por ejemplo, la historia, en que llevan suma ventaja, no los que la escriben consultando sólo las obras de las bibliotecas, sino estudiando el gran libro del mundo, abundante en escarmientos y enseñanza. Seguimos con plena confianza á Xenofonte en la penosa *retirada de los diez mil*, porque él iba en medio de los griegos; creemos ver con nuestros propios ojos á los habitantes de las Galias, porque el mismo que los sojuzgó es quien nos los describe; mas por mucha fe que nos merezca Tácito, casi estamos recelosos de que el retrato de los antiguos germanos lo haya hecho de fantasía para presentar el contraste entre aquellas costumbres rudas y las de la corrompida Roma que se iba deshaciendo y aniquilando en medio de la pompa del imperio como un cadáver colocado en un suntuoso catafalco.

En la Francia de nuestra edad se ve lo mucho que han ganado la filosofía, la política, la historia, cultivadas por repúblicos eminentes, en vez de que en los tiempos de saber meramente especulativo, en el siglo enciclopédico por excelencia, se ve con sonrisa de lástima querer dictar constituciones á los pueblos, sin conocer siquiera el mundo, el buen abate Mably ó el soñador Rousseau, que echaba de ménos en París los encantos de la vida selvática.

Sin salir de nuestra propia España, en los siglos de nuestras glorias tuvimos hombres eminentes al mismo tiempo en los consejos de los Reyes, en las letras y en las armas. Hurtado de Mendoza asombraba con su saber á Italia, donde defendía á la par los derechos de la nacion y las regalías de la corona; el agudo Saavedra aprendió la política en el manejo de los negocios, sin que uno ni otro se desdenasen de consagrar sus

ocios á la amena literatura, que enriquecieron con sus obras.

Aun en tiempos más cercanos á nosotros, admiramos á un Campomanes, compartiendo su tiempo entre las graves tareas del foro, la gobernacion del Estado y los profundos estudios de legislacion civil y canónica, y de la economía política en favor de los pueblos; abriendo la senda que despues siguió, con más gloria si cabe, su paisano el inmortal Jovellanos, digno de haber nacido en otro siglo que hubiera apreciado cual merecian su vasto saber y sus virtudes.

Sin engolfarse en áridas controversias gramaticales, como el Sr. Oliván, ni remontarse como el Sr. Pastor Diaz á las vagas regiones filosóficas, el Sr. Hartzenbusch ha escogido un terreno conocido en que puede asentar el pié con plena confianza: el *teatro*. ¿Ni qué medio más ingenioso pudiera haber empleado para recordarnos sus títulos á fin de ser admitido en este ilustre Cuerpo? Al solicitar nuestros votos traia ya este autor los del público; juez cuyo fallo vale más en materias dramáticas (por mucho que me cueste decirlo) que el parecer de los doctos y la censura de las Academias. Todo el poder de Richelieu y la mala voluntad de los cuarenta no pudieron empañar la gloria del autor de *Cinna* y del *Mentiroso*.

Corneille confesó, con una modestia que le honra, que habia tomado del teatro español el argumento de esta comedia, hallándola tan linda que de buena gana daria por haberla inventado dos de sus mejores composiciones. Hasta dudaba quién fuese su autor, porque la mala estrella que persiguió en vida á Ruiz de Alarcon, y que con tan vivos colores nos ha pintado el Sr. Hartzenbusch, hizo que muchos creyesen que dicha obra era de Lope de Vega, y áun recuerdo haberla visto como tal en una coleccion de sus obras.

Ménos apreciado en su tiempo Alarcon de lo que por tantos títulos debiera, tiene el mérito singular de haberse acerca-

do, más tal vez que ningun otro de nuestros antiguos dramáticos, al verdadero tipo de la *comedia de costumbres*, sumo objeto del arte.

El Sr. Hartzenbusch ha caracterizado con mucho tino á dicho poeta, distinguiendo con ligeros toques, cual cumple á un pincel ejercitado, la vária fisonomía de nuestros dramáticos del siglo XVII. Mas para hacerlo con tanta maestría es necesario cultivar el arte con pasión, estudiar noche y día los modelos, compararlos, apreciar sus bellezas, y unir al talento que crea, exquisito gusto y crítica acendrada.

Pocas empresas tan útiles pueden acometerse en favor de nuestras glorias literarias como la que prosigue con loable constancia el Sr. Hartzenbusch, juntamente con otros distinguidos ingenios: tal es procurar que reviva nuestro antiguo teatro, haciendo que el público saboree sus muchos primores y bellezas.

Este es el mejor medio, en mi concepto, de que se forme insensiblemente el gusto, evitando que se estrague con absurdos dramas, así como se pierde el paladar con el abuso de licores fuertes.

Podrá igualmente contribuir á atajar la avenida de composiciones extranjeras; no de las que merezcan trasplantarse de una tierra á otra, cuidando de aclimatarlas con esmero, sino de aquellas composiciones monstruosas que pueden considerarse como una verdadera plaga, pues que al mismo tiempo corrompen las costumbres, el gusto y el lenguaje.

Bien quisiera, Señores, haber podido detenerme á analizar cual merecen los discursos que acabais de oír; pero ni la ocasión lo consiente, ni la angustia del tiempo lo permite. Ellos mismos son un público testimonio que abona, mejor que muchas reflexiones, la acertada elección que ha hecho la Academia.

El espíritu de asociación, que es como el alma de las naciones modernas, puede ser no ménos eficaz y poderoso en las empresas literarias que en las de la industria y comercio: cada cual contribuye con su trabajo á aumentar el capital de conocimientos, y los bienes que de ello provienen no pueden ménos de redundar en propia gloria y en beneficio del Estado.

No cabe encargo más noble que el que nuestros augustos Monarcas se han dignado confiar á esta Academia, hija primogénita de su Régia munificencia; conservar el sagrado depósito de la lengua, velar en su custodia, procurar su esplendor y brillo para trasmitirla á nuestros hijos más rica y pura que la recibimos de nuestros mayores.

Y cuenta que el habla, cuya honrosa guarda se nos confía, no es una lengua de escaso valer, desconocida en los fastos de la historia y encerrada en estrechas fronteras; es la hija más noble del Lacio, la lengua de Cervantes y de Herrera, la lengua con que Cortés y Pizarro conquistaron un Nuevo-Mundo; la que en medio del cúmulo de desventuras que se ha desplomado sobre nuestra nación, se habla todavía en las más distantes zonas de la tierra y en gran número de naciones como testimonio vivo, perenne de nuestra antigua grandeza y poderío.